

Claridad de Carlos Pereyra

David Huerta

Carlos Pereyra era un pensador infatigable. Lo era de las dos maneras productivamente complementarias en que, creemos, hay que serlo: producía ideas sin cesar y tenía la capacidad y la fuerza para comunicarlas, en la cátedra y en la página impresa. Al mismo tiempo, era también un estudioso que no se daba ningún descanso: leía con rigor y con abundancia. Poseía una sólida ética de trabajo, que se reflejaba —como han escrito sus colegas del diario *La Jornada*— hasta en los originales mecanográficos que entregaba a la imprenta, siempre impecables...

Con lo dicho hasta aquí podría componerse el retrato de un intelectual responsable y trabajador, pero quizá no muy original. Pereyra era, en cambio, sumamente original. ¿En qué consistía, entonces, su originalidad? En revisar continuamente las ideas, confrontarlas, discutir las, desecharlas si tal era el caso, negarlas si ésa era la exigencia o combinarlas con otras para producir nuevas luces, nuevos espacios de reflexión. El pensamiento no era para él esa entidad espiritual elevada o esa máquina limpia que, contra el fondo de una blancura sin mancha, proyectara los rasgos inteligibles de la abstracción; el pensamiento era para Carlos Pereyra un hecho impuro del mundo, la expresión de tensiones y desahogos sin cuento, el campo mismo donde la materia se cumple y se diversifica. Ahí, en el pensamiento, tenía todo su sentido la dimensión materialista, estricta y plenamente política de su tarea intelectual. La política estaba en el centro continuo que se desplazaba en los textos de Pereyra, en diferentes puntos nodales que configuraban temas del poder: sindicatos, elecciones, luchas obreras, universidades, el Estado, la violencia, el autoritarismo, la izquierda, el marxismo, la historia. Esos temas eran el mundo para Pereyra; eran la política; eran el sentido mismo de sus actividades y el cauce de sus inquietudes. En esos temas se reconocía y contribuía a que nosotros, sus lectores, nos reconociéramos en una permanente discusión —lo que quiere decir que entendía cabalmente que, para ponerlo en términos de Nietzsche, hay que conseguir algo en cada momento de todo proceso, sin la opresión del finalismo, sin el autoritarismo de los fines.

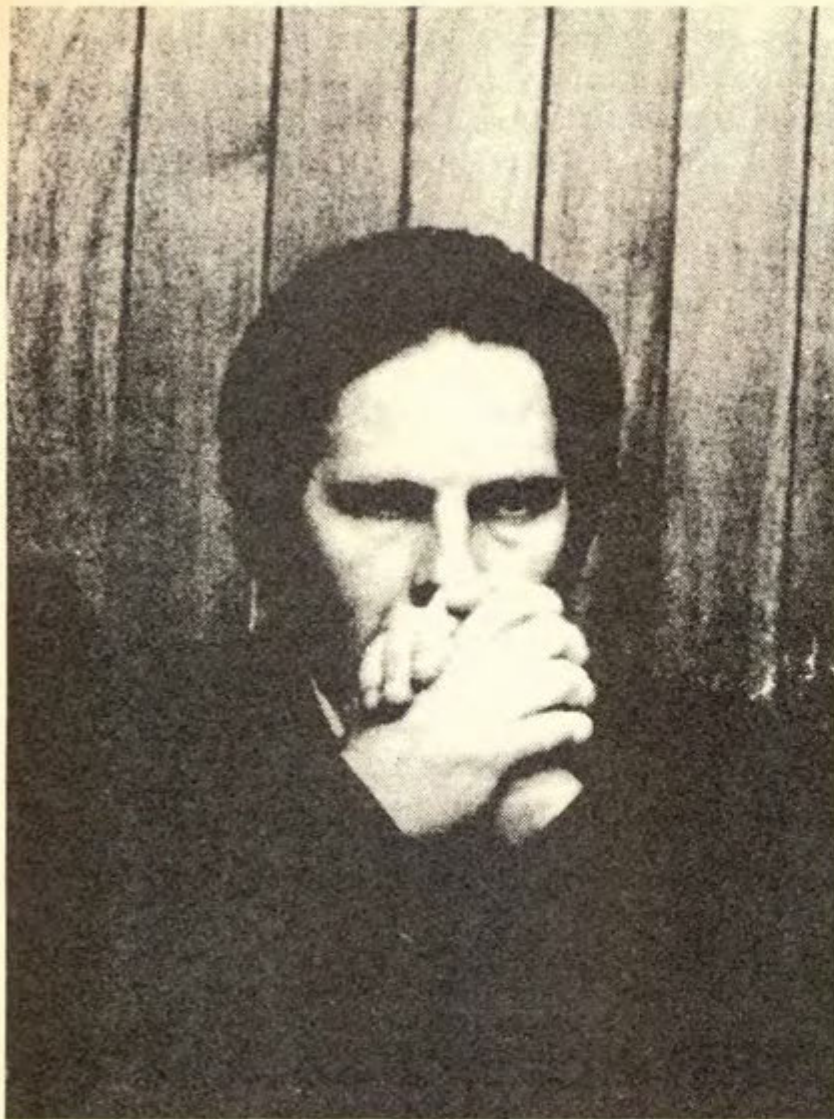
Desde su adolescencia se interesó por la

filosofía y, en general, por las elaboraciones teóricas que iba descubriendo, cabe suponer, fascinado e intrigado, en las páginas de los libros. Entre sus amigos y compañeros de generación —muchos de ellos, más tarde, colegas o compañeros de lucha—, pronto destacó como uno de los que, gracias a la asiduidad y el método, se iban formando una preparación más sólida, más fundamentada y documentada. Algo tenía que ver con esto su larga temporada en el Colegio Alemán. Para pensadores como Pereyra, leer y estudiar eran actividades tan vitales y decisivas como respirar. No se apartó nunca, empero, de la expresión oral: de ahí su excelencia como profesor en las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional. El marxismo fue su preocupación y su pasión desde los primeros años de estudio hasta el final.

¿Cómo veía Carlos Pereyra el marxismo; cómo lo pensaba y lo ponía en funcionamiento? Lo veía, acaso, como una eficaz composición del mundo, de las fuerzas e inercias que en todo momento y lugar se despliegan: una composición eficaz en el sentido, precisamente, de que permite *pensar* o empezar a pensar lo que es y lo que ocurre, el acto y el fundamento, los principios y los efectos, las vicisitudes y las permanencias o, al menos, las regularidades, en todo su dinamismo y con toda su complejidad.

Pereyra sabía ciertamente poner el marxismo en funcionamiento, en marcha: era una vía de la escritura reflexiva y analítica. De ahí su elección del periodismo editorial, hace ya lustros, para poner en circulación sus proposiciones y sus tesis. Más que una forma de plasmar opiniones, discursos retóricos o de mera *actualidad*, como suele ocurrir en el terreno de ese género urgente, Pereyra consideraba el artículo editorial como una herramienta para dirimir las cuestiones más apremiantes que le dan forma y sentido a la historia inmediata, pieza clave de la historia mayor, punto de confluencia del pasado y el presente en perpetua elaboración del porvenir.

Concentró sus energías de escritor en las páginas de los periódicos y revistas; su bibliografía, por ello, no es muy abundante. Es una lástima, porque Pereyra poseía indudablemente los dones para desplegar, en textos de mucho mayor aliento que el que permite



el artículo editorial, sus energías intelectuales, su rigor crítico.

Pereyra escribía a mano con una letra diminuta y absolutamente clara; corregía poco o nada sus originales, que luego pasaba a máquina a una velocidad pasmosa, pues era un mecanógrafo consumado. Toda esa parte instrumental de su trabajo reflejaba la nitidez y el orden de su pensamiento, el cuidado de su reflexión, las minuciosas etapas que iba cubriendo hasta darle relieve y viabilidad expresiva a sus ideas. El texto era para él una especie de lugar de confrontaciones; no le interesaba mayormente el brillo literario pero, no obstante, su escritura, debido a su concentración, capturaba con facilidad la atención de los lectores. Tuvo muchos y fieles, sobre todo entre quienes se interesan por la vida social y política de México. No temía las opiniones adversas, pero solía irritarlo sobremedida esa mezcla letal de tontería e ignorancia que recurre con puntualidad en el debate político, sobre todo en los dichos de sedicentes radicales.

Una fotografía de Rogelio Cuéllar publicada al día siguiente de su sepelio muestra a Carlos Pereyra en una pose típica: con las manos enlazadas, como de quien ora, apoyadas en la boca, que adivinamos cerrada con fuerza; con la mirada aguda, muy afilada. Es una hermosa fotografía. Pereyra era un hombre con un amplio registro emocional, pero predominaba en su carácter la nota austera, y aun en ocasiones, adusta, lo cual se refleja muy bien en la fotografía de Cuéllar. Pero más que austera o adusta, la mirada de Pereyra en esa imagen detenida es la de un hombre que sabía perfectamente entrar en sí mismo, que conocía los senderos de su propio ser para adentrarse en el pensamiento. No lo hacía para emprender la lírica búsqueda de una interioridad transparente o de una *esencia espiritual* o psicológica, sino que lo hacía en una suerte de repliegue táctico, para observar el mundo con todas las armas críticas a su disposición. No era la suya una mirada fría, ni mucho menos distante: era una mirada concentrada, que situaba en un haz de percepciones los motivos del análisis. Así podía abarcar y sintetizar a la vez.

En esa fotografía, Pereyra tiene la mirada de un guerrero, no en el sentido de quien desea destruir o conquistar; más bien en el sentido de un hombre templado, alerta, que percibe el mundo en toda su anchura y en toda su profundidad. Y que percibe lo circundante *en relación con todo*. No siempre es fácil evitar los riesgos de la dureza inmóvil cuando uno se concentra tanto como Pereyra en esa fotografía —pero él conservaba, evidentemente, una disponibilidad flexible, una ductilidad y una fluidez en verdad admirables—. En la mirada se resolvían las tensiones del pensamiento analítico de Carlos Pereyra. Una mirada que recorría los textos, el devenir de las comunidades, la discusión interminable de los temas que desembocan en la transformación de las sociedades.

Estoy convencido de que Carlos Pereyra era un revolucionario en el simple y llano sentido de que creía que las cosas pueden y deben estar mejor de lo que están. Actuaba en consecuencia con esa convicción: como profesor, como filósofo, como periodista, como militante.

Da un poco de pena poner aquí una fórmula descriptiva que hubiera provocado el desacuerdo ceñudo de Pereyra, pero no tiene remedio: en esa fotografía su semblante tiene el irresistible dejo de un maestro de budismo zen.